

30 PAISAJES
DE LA
GUERRA CIVIL

LAROUSSE

© texto

Eladio Romero García («Qué, cuándo, dónde», entradillas de «Frente a frente», «Fogonazos», «Testigo directo» y «Bibliografía básica») y Alberto de Frutos Dávalos («Evocaciones», «Otras miradas», «Memoria viva» y «+ [...]»)

© prólogo

Carlos Tejerizo García

© ilustración

ver página 352

foto de cubierta

«Ametralladora en una torre. Huesca. 1937» © Foto Oltra / Fototeca de la Diputación Provincial de Huesca

foto de contracubierta

«Belchite destruido, 1937» © Gerardo Sancho Ramo / Archivo Municipal de Zaragoza

mapas de las guardas

a partir de mapas Lidar de Sevilla y Bizkaia, del Centro de Descargas del Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG)

dirección editorial

Jordi Induráin Pons

edición

Carlos Dotres Pelaz

diseño, maqueta y preimpresión de interior y cubierta

Víctor Gomollón García

elaboración de mapas

Jaume Farrés Ubach, a partir de mapas Lidar del Centro de Descargas del CNIG, descargados y encuadrados por El Taller del Llibre, S. L.

documentación gráfica

Alberto de Frutos

corrección

Miguel y Ariel Vándor Arrabal

© Larousse Editorial, S. L., 2020

Rosa Sensat, 9-11, 3.^a planta — 08005 Barcelona

teléfono: 93 241 35 05

larousse@larousse.es

www.larousse.es

facebook.com/larousse.es @Larousse_ESP

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes plagieren, reprodujeren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte y en cualquier tipo de soporte o a través de cualquier medio, una obra literaria, artística o científica sin la preceptiva autorización.

El editor ha procurado por todos los medios a su alcance no contravenir la regulación sobre marcas comerciales y material sujeto a *copyright*. Para cualquier rectificación, rogamos se dirijan a la dirección de correo electrónico que consta en esta página.

Primera edición: 2020

ISBN: 978-84-18100-78-9

Depósito legal: B-11935-2020

1E1I



Querido lector:

Tiene en sus manos un libro de la Guerra Civil; sí, otro volumen sobre nuestra guerra... Ahora, supongamos que usted no es un historiador especialista ni un aficionado voraz que no deja pasar una sola novedad sobre el tema; sino alguien que, simplemente, a base de escuchar las «batallitas» de nuestros abuelos —pero también de nuestros políticos, pensadores o comunicadores—, o de percibir sus elocuentes silencios, entiende que se trata de un momento clave de la historia contemporánea de España (y, cabría decir, del mundo), un momento que, pasados más de ochenta años, sigue irradiando luces y sombras, y que por tanto, de una manera u otra, consciente o inconscientemente, todavía conforma parte de nuestra esencia. De modo que, a usted, lector interesado pero dubitativo, nos dirigimos, con el objeto de presentar el libro con la mayor fidelidad posible y de que, al acabar estas líneas, considere que vale la pena contar con él en su biblioteca.

Pero, antes del «qué», parémonos un instante en el «quién». *30 paisajes de la Guerra Civil* es un libro publicado por Larousse Editorial, ya saben «los de las enciclopedias». ¿Suena a «viejuno»? Vamos a ver los criterios que estableció el francés Claude Augé al concebir, a inicios del siglo xx, una de las obras más emblemáticas de la editorial, el *Pequeño Larousse Ilustrado*: convertirse «a la vez en el más completo, mejor informado y más atractivo entre los diccionarios manuales», y ofrecer al mismo tiempo «el placer del libro de lectura». Sustituyamos «diccionario manual» por «libro de divulgación cultural ilustrado de gran formato» y desvelaremos el propósito de esta obra. Y ahora remontémonos aun medio siglo más atrás, al propio fundador de la editorial, Pierre Larousse, quien dirigía sus obras a esa clase de lectores llamada «todo el mundo». Seguir haciendo nuestras esas palabras, hoy, y en un tema como la Guerra Civil, es toda una declaración de intenciones. Dejémoslo aquí, y vayamos ya al «qué».

30 paisajes de la Guerra Civil describe y evoca tal número de episodios de la contienda. Son treinta, pero si los libros fueran de goma, hubieran podido ser el doble, o el triple. Así pues, ha habido que imponer una estricta selección. Por estas páginas, veremos cómo estalló la guerra en Melilla, Sevilla, Barcelona o Coruña, pero hubiéramos podido hacer otro tanto con Ceuta, Granada, Madrid o Vigo. Pasaremos por campañas y batallas, desde la «ofensiva de la aceituna» a Peñarroya, pasando por algunos de los grandes enfrentamientos en torno a Madrid, en el Norte, en Aragón o el Ebro, pero hemos tenido que soslayar episodios igual de cruciales como el paso del Estrecho, el desembarco fallido en Mallorca, la campaña de Extremadura o la toma/caída de Málaga. Finalmente, recogemos algunas «fotos fijas» de lugares —como las islas de La Palma y Menorca, el Alto Tajo, la Valencia capital bajo las bombas o Pamplona en la fuga de 1938— que no suelen tener un espacio propio en una narración general de la guerra, pero que —entendiendo que no hay historia pequeña, sino modos de contarla— creemos que pueden alinearse junto a otros paisajes «canonizados», para obtener así una visión de conjunto más rica.

En cambio, debemos advertir que un criterio básico en la selección de los paisajes ha sido dejar de lado aquellos que hoy solo pueden ser recuerdo de infinita desdicha; léase el cuartel de la Montaña, Badajoz, Paracuellos, Gernika o Argelès-sur-Mer. A nuestro entender, tales episodios

negros, terribles, son incompatibles con el concepto de «paisaje»; son «Lugares de Memoria». Por tanto, asumiendo que no estamos ante una «Historia de la Guerra Civil», ni siquiera ante los «Episodios de la Guerra Civil», este libro sí procura ofrecer una selección regida bajo el criterio principal de la diversidad: geográfica, temporal, por tipo de episodio, etc.

Y una vez seleccionados, ¿qué? Nuestro propósito ha sido ofrecer una síntesis textual y gráfica de esos episodios históricos y también su evocación, desde las crónicas de urgencia (por los Hemingway, Taro y compañía que estuvieron allí) hasta hoy mismo. De ese modo veremos, por ejemplo, hasta qué punto la Ciudad Universitaria de Madrid marcó el devenir de la contienda; cómo algunos nombres (Jarama o Teruel) condensan su memoria; que algunos (Belchite) quedaran varados por ella y en cambio otros (como la plaza Catalunya de Barcelona) incorporen el episodio como otra capa en su densa historia.

Para ello hemos contado con dos autores expertos, Eladio Romero y Alberto de Frutos, no solo compenetrados con ese «Larousse *touch*» sino, sobre todo, rigurosos y capaces de mostrar la fuerza del pasado con hondura y respeto. Le dejamos, pues, en las buenas manos de Alberto y Eladio (y, antes, en las del profesor Carlos Tejerizo, autor del prólogo). Esperamos, querido lector, haberlo convencido de que el viaje que le proponemos por ese momento trascendental de nuestra historia merece la pena recorrerlo de nuevo... con otra mirada.

LOS EDITORES

Supongo que vengo por todo eso, en busca de una certeza y una repetición, a volver a pisar el lugar sagrado donde al conjuro de un perfume y un exorcismo resucitarán los héroes desaparecidos, los que inocularon en mis entrañas estériles las células cancerosas de su memoria, para recuperar su presa postrera. Por el contrario, yo he llegado a la conclusión que el tiempo es todo lo que no somos, todo lo que se ha malogrado y fracasado, todo lo equivocado, pervertido y despreciable que hubiéramos preferido dejar de lado, pero que el tiempo nos obliga a cargar para impedir y gravar una voluntad envalentonada.

Volverás a Región, Juan Benet.

La novela *Volverás a Región*, escrita en 1967 por Juan Benet, supuso un auténtico revulsivo no solo para el mundo literario, sino también para la memoria colectiva sobre la Guerra Civil. En ella, la guerra es, sobre todo, tiempo y paisaje. Un tiempo de memoria y de ruina que impregna los espacios y los personajes que transitan las páginas de la novela. Un recuerdo del pasado hecho presente, como una enredadera que recorre los edificios en ruinas y las vidas rotas por el conflicto. Pero en el relato del madrileño la Guerra Civil es también un paisaje, el de una mítica Región, que, como el Macondo de *Cien años de soledad* (casualmente escrita el mismo año de 1967), conforma el recipiente por el que pasan todos los personajes y todas las memorias. Región se convierte en el protagonista velado de la historia, de manera que no solo se genera un marco de reflexión más amplio y analítico, sino también más realista y, en último término, más profundo. Distanciando así la acción, Región objetiva y contiene magistralmente todas las subjetividades que se desenvuelven, casi se arrastran, en este enclave. Un cambio de enfoque que, en pleno Franquismo, permitió reinterpretar lo que había sido una experiencia colectiva traumática de la que todavía, a día de hoy, vivimos sus consecuencias.

A través del prisma del tiempo y del paisaje, el libro que se tiene entre las manos supone un revulsivo para un tema sobre el que, por muchas veces que se trate, no deja de ser imprescindible su continua revisión. La Guerra Civil que se desató en España entre el 17 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939 es quizá uno de los temas históricos más abordados a lo largo de las últimas décadas en infinidad de novelas, publicaciones especializadas, congresos o exposiciones. Pero la cantidad no siempre es equivalente a la calidad. Sin la necesaria distancia crítica, este número creciente de publicaciones puede acabar, como advertía Susan Sontag, por banalizar la cuestión. En su reciente tesis doctoral, David Becerra expone la Guerra Civil como «moda» y advierte del peligro que la proliferación de novelas sobre este período puede provocar en términos de un moralismo que difuminaría las complejidades del período y oscurecería el trasfondo político y económico que enmarcó el conflicto. El incremento exponencial de publicaciones científicas y divulgativas sobre la Guerra Civil, si no pasan por el tamiz de la crítica y de la calidad, puede generar ese indeseado espacio para la banalización. En este sentido, el tiempo y el paisaje, como la Región de Benet, se convierten en revulsivos que, al mismo tiempo que nos permiten re-conocer la Guerra Civil desde una mirada alternativa, no dejan de confrontar la crudeza del período y las profundas raíces políticas, sociales y económicas que provocaron un terrible episodio que, precisamente por terrible, no puede ni debe ser olvidado. El paisaje, desde el punto de vista de la Arqueología a la que me dedico, es entendido como un conjunto de experiencias, memorias, actividades y materialidades que, en su lectura estratigráfica —esto es, como una sucesión de eventos en el tiempo—, desvelan

las profundidades de la Historia, en mayúsculas. En los tiempos de la COVID que, como sociedad, nos ha tocado vivir en el momento de escribir estas líneas, el tiempo y el paisaje se han revalorizado como bienes a los que estábamos acostumbrados pero que no supimos apreciar en su justa medida. Por ello, la centralidad del paisaje y del tiempo como conjuradores de la memoria es uno de los grandes aportes de este libro y el que lo convertirá en una pieza imprescindible en la literatura sobre el conflicto bélico.

El libro se estructura precisamente bajo esos dos parámetros clave del tiempo y del paisaje. Del tiempo, porque hace un recorrido a través de los distintos episodios que, puestos en orden cronológicamente, forman el complejo puzzle que fue la Guerra Civil. Desde el 17 de julio de 1936 hasta la rendición de las tropas republicanas en Madrid en marzo de 1939 y los ecos de la propia guerra, en forma de maquis y búnkeres, en los Pirineos de los años 40, el libro hace un minucioso recorrido por los eventos principales —y no tan principales, pero no por ello menos importantes— que conformaron el horror de la contienda. «Línea y cicatriz» se titula acertadamente el último episodio de un relato que cose los diferentes tiempos del conflicto pasado en la madeja del presente. Y también un libro centrado en el paisaje, porque son los distintos escenarios de la guerra los que ejercen de hilo conductor de esta historia. Palimpsestos de memoria que, como tales paisajes, encierran los secretos de todos los personajes, de todos los eventos bélicos y de todas las historias y tragedias que en ellos ocurrieron, de nuevo, como en el mundo en ruinas de Benet. De Sevilla a Belchite, pasando por Madrid o Pamplona, Región se vuelve a hacer presente en las páginas, exquisitamente ilustradas, del libro que se sostiene y que comienza aquí y ahora, en la «Hora cero» del paisaje de Melilla, que al anochecer del 17 de julio de 1936 quedó en manos de los sublevados, iniciando así la conflagración bélica.

Uno de los aspectos más interesantes del volumen es su presentación poliédrica, fruto de aunar los conocimientos de diversos expertos en la materia. Cada capítulo se estructura en pequeñas secciones («Qué, cuándo, dónde», «Frente a frente», «Fogonazos», «Testigo directo», «Evocaciones», «Otras miradas» y «Memoria viva») que proporcionan miradas alternativas pero complementarias, huyendo de las lecturas unilineales y deterministas. De las microhistorias y tragedias de personajes específicos a la composición de lugar y el contexto que dan los grandes acontecimientos históricos, pasando por el impacto material de cada uno de los eventos relatados. Esto último es muy relevante y uno de los aspectos más novedosos del libro, esto es, la vinculación de los objetos y las materialidades con el propio devenir de las personas, articulados en una sección de título inmejorable, «Memoria viva». ¿Cómo entender la caída de Extremadura sin el terrible campo de concentración de Castuera? ¿Cómo profundizar en las complejidades de la represión en Galicia sin los acontecimientos que tuvieron lugar en el actual parque de Punta Herminia? ¿Cómo olvidar los miles de represaliados en las cunetas y fosas comunes que, poco a poco, salen a la luz? Como diría el cantautor Ismael Serrano, «se van llevando la memoria, queda en la historia una mancha, un borrón»; y solo el poder evocador de los sitios, de los edificios, de los paisajes, de volver a Región, nos permitirá no olvidar o, mejor dicho, recordar para no repetir.

Este volumen que a continuación comienza es una obra atrevida y profunda, llamada a ser un referente de un tema que sigue siendo de gran actualidad. Y mientras sea así, esperemos que se llene de obras tan necesarias como esta, que nos hagan reflexionar, que nos enseñen y que dispongan del necesario diálogo crítico que, en ocasiones, brilla por su ausencia.

CARLOS TEJERIZO GARCÍA (Universidad del País Vasco)
Salamanca, 22 de agosto de 2020

AÑO 1936 / 11

1. **MELILLA:** Hora cero / 13
2. **LA PALMA:** Semana roja / 23
3. **SEVILLA:** A sangre y fuego / 33
4. **BARCELONA:** De alzamiento a revolución / 45
5. **CORUÑA:** Jaque mate / 57
6. **HUESCA:** El asedio más largo / 69
7. **SAN SEBASTIÁN:** Verano de zozobras / 81
8. **ALTO TAJO:** El frente vacío / 93
9. **TALAVERA:** El camino hacia Madrid / 105
10. **MADRID:** Bajo el ulular de las sirenas / 117
11. **LOPERA:** Los poetas muertos / 129

AÑO 1937 / 139

12. **VALENCIA:** Otra guerra / 141
13. **JARAMA:** «Su recuerdo nadie borrará» / 151
14. **MATXITXAKO:** Bous contra el crucero / 163
15. **GUADALAJARA:** «Fango maledetto!» / 173
16. **SEGOVIA:** Tan cerca, tan lejos / 185
17. **BRUNETE:** Dos ejércitos / 197
18. **ESCUDO:** Vía libre a Santander / 209
19. **BELCHITE:** «Ya no te rondan zagales» / 219
20. **GIJÓN:** La pinza se cierra / 231
21. **TERUEL:** «La» batalla / 241

AÑO 1938 / 253

22. **LLEIDA:** Principio del fin / 255
23. **PAMPLONA:** Fuga del penal / 265
24. **LEVANTE:** Pólvora y azahar / 275
25. **EBRO:** Río rojo / 285

AÑO 1939 y POSGUERRA / 297

26. **PEÑARROYA:** Hasta el último suspiro / 299
27. **MENORCA:** Rendición «old style» / 309
28. **CARTAGENA:** Motín en el cantón / 319
29. **MADRID:** Epílogo / 329
30. **PIRINEOS:** Línea y cicatriz / 341

TESTIGO DIRECTO

Acín Aquilué, Ramón	77	Muslera Planes, Mario	89	Etxebarria, Toribio. <i>Viaje por el país de los recuerdos</i>	91
Alcázar de Velasco, Ángel	271	Orgaz Yoldi, Luis	159	Fernández Castro y Pedrera, Rafael. <i>Melilla, la primera en el Alzamiento</i>	21
Algabeño, el (José García Carranza)	135	Pérez Pérez, José Miguel	29	Follett, Ken. <i>El invierno del mundo</i>	229
Amilibia Machimbarrena, Miguel	89	Pérez Salas, Joaquín	325	Franco, Pilar. <i>Nosotros, los Franco</i>	67
Barceló Jover, Luis	337	Philby, Kim	249	Gámir Ulibarri, Mariano. <i>Guerra de España, 1936-1939</i>	217
Barneto Atienza, Saturnino	40	Pico Pérez, Leopoldo	271	García Lacalle, Andrés. <i>Mitos y verdades. La aviación de caza en la guerra española</i>	161
Barrio Navarro, José del	261	Precioso Ugarte, Artemio	325	García Seijas, Marcos. <i>Raíces guanches</i>	31
Barrón Ortiz, Fernando	261	Redondo García, Luis	305	Gil-Albert, Juan. <i>Memorabilia</i>	149
Bartoméu González-Longoria, Maximino	305	Rey D'Harcourt, Domingo	249	Gillain, Nick. <i>El mercenario</i>	195
Bastos Ansart, Manuel	125	Riquelme y López-Bago, José	113	Grandes, Almudena. <i>Inés y la alegría</i>	349
Benito Terraza, Gregorio de	77	Roatta, Mario	181	Haro Tecglen, Eduardo. <i>El niño republicano</i>	149
Bergonzoli, Annibale	181	Roca Llopis, Francisco	227	Hemingway, Ernest. <i>Por quién doblan las campanas</i>	195
Bianco, Vincenzo	205	Rovira Canales, José	77	Hermanos, Juan. <i>El final de la esperanza</i>	349
Botto, Ernesto	215	Rubio López-Guijarro, Carlos	293	Kemp, Peter. <i>Legionario en España</i>	161
Bravo Fernández-Hermosa, José María	281	Salafranca Barrio, Mariano	113	Llordés, José. <i>Al dejar el fusil</i>	21
Campesino, el (Valentín González González)	261	Sanjuán Cañete, Antonio	215	Lojendio, Luis María de. <i>Operaciones militares de la guerra de España, 1936-1939</i>	207
Cánovas Lacruz, Enrique	65	Sartorius y Díaz de Mendoza, Fernando	315	Low, Mary. <i>Cuaderno rojo de la guerra de España</i>	55
Capdevielle San Martín, Juana	65	Seguí Almuzara, Juan	19	Malraux, André. <i>La esperanza</i>	183
Carrasco Amilibia, León	89	Soláns Labedán, Luis	19	Martínez San José, José. <i>Hechos anecdóticos, humorísticos y curiosos de la batalla de Levante</i>	283
Carrasco i Formiguera, Manuel	169	Sprogis, Arturs Karlóvich	101	Mercadal Bagur, Deseado. <i>La Guerra Civil en Menorca 1936-1939</i>	317
Carrocera Mortera, Higinio	237	Tagüña Lacorte, Manuel	293	Molino, Sergio del. <i>Lo que a nadie le importa</i>	295
Castejón Espinosa, Antonio	113	Taro, Gerda	193	Monks, Joe. <i>Con los rojos en Andalucía</i>	137
Centaño de la Paz, José	337	Toral Azcona, Nilamón	305	Montenegro, Carlos. <i>Tres meses con las fuerzas de choque (División Campesino)</i>	251
Centelles Ossó, Agustí	53	Torres Maeso, Domingo	146	Olaizola, José Luis. <i>La guerra del general Escobar</i>	307
Copado Ajenjo, Bernabé	135	Trías Comadira, Eduardo	271	Oliver Ortiz, Emilio. <i>Emociones de un sitiado</i>	229
Ćopić, Vladimir	227	Trueba Mirones, Manuel	227	Orwell, George. <i>Homenaje a Cataluña de mi vida</i>	239
Cornford, Rupert John	135	Varela Iglesias, José Enrique	101	Párshina, Elizaveta. <i>La brigadista</i>	103
Cuesta Monereo, José	40	Varela Rendueles, José María	40	Ravelo, Alexis. <i>Los milagros prohibidos</i>	31
Duelo Gutiérrez, Manuel	346	Vega Martínez, Etevlino	293	Reverte, Javier. <i>Banderas en la niebla</i>	137
Escobar Huerta, Antonio	53	Yanes Rodríguez, Tomás	29	Rojo, Vicente. <i>¡Alerta los pueblos!</i>	307
Espa Ruiz, Arturo	325	Zara, Alberto da	146	Romero, Emilio. <i>El final de la guerra</i>	327
Estellés Salarich, José	125			Sanz, Ricardo. <i>Los que fuimos a Madrid</i>	251
Fernández Gil de Terradillos, Jaime	19	OTRAS MIRADAS		Sciascia, Leonardo. «El antimonio»	183
Fernández González, Jovino	271	Algarra Ráfegas, Antonio. <i>El asedio de Huesca</i>	79	Steer, George. <i>El árbol de Gernika</i>	171
Frusci, Luigi	215	Arconada, César M. <i>Río Tajo</i>	103	Tagüña, Manuel. <i>Testimonio de dos guerras</i>	295
Galland, Adolf Joseph Ferdinand	205	Arteche, José de. <i>El abrazo de los muertos</i>	91	Togliatti, Palmiro. <i>Escritos sobre la guerra de España</i>	327
Gambara, Gastone	281	Aub, Max. <i>Campo cerrado</i>	55	Torres, Màrius. «La ciutat llunyana»	263
García Morato y Castaño, Joaquín	193	Azaña, Manuel. <i>A la altura de las circunstancias</i>	263	Urra Lusarreta, Juan. <i>En las trincheras del frente de Madrid</i>	127
García Valiño, Rafael	237	Bahamonde, Antonio. <i>Un año con Queipo de Llano</i>	43	Whitaker, John Thompson. «Prelude to World War. A Witness from Spain»	115
General Gal	159	Barrios, Manuel. <i>El último virrey</i>	43	Zugazagoitia, Julián. <i>Guerra y vicisitudes de los españoles</i>	239
General Walter	193	Benítez Quiles, José. <i>Diario de un soldado en el frente</i>	283		
Goicoechea Omar, Alejandro	346	Bouthelier, Antonio, y López Mora, José. <i>Ocho días. La revuelta comunista</i>	339		
Gómez-Zamalloa y Quirce, Mariano	159	Calderón, Manuel. <i>Memorias de un marino vasco</i>	171		
González de Ubieta y González del Campillo, Luis Felipe	315	Camín, Alfonso. <i>España a hierro y fuego</i>	67		
Gorev, Vladimir Efimovich	237	Carratalá, Ernesto. <i>Memorias de un piojo republicano</i>	273		
Hernández Saravia, Juan	249	Casas de la Vega, Rafael. <i>Brunete</i>	207		
Herráiz Serrano, Francisco José	125	Cavaller Piris, José. <i>Menorca liberada</i>	317		
Hillgarth, Alan	315	Chaves Nogales, Manuel. <i>Los secretos de la defensa de Madrid</i>	339		
Illin-Bork, Boris	101	Cía Navascués, Policarpo. <i>Memorias del Tercio Montejurra, por su capellán</i>	217		
Lacalle Seminario, Víctor	181	Cowles, Virginia. <i>Desde las trincheras</i>	127		
Law, Oliver	205	Domingo, Carmen. <i>La fuga</i>	273		
Lloro Regales, Ramón	337	El Tebib Arrumi. <i>Del Guadiana al Tajo. La toma de Talavera</i>	115		
Matallana Gómez, Manuel	281				
Meléndez Bojart, Fernando	29				
Miñones Bernárdez, José	65				
Mola Vidal, Ramón	53				
Molina Conejero, Manuel	146				
Moreno Fernández, Salvador	169				
Moreno Plaza, Enrique	169				
Moscardó Ituarte, José	346				

PAMPLONA

fuga del penal

Entre las diversas fugas que se produjeron durante la Guerra Civil, sobresalen las de una veintena de presos políticos republicanos deportados en Villa Cisneros, en marzo de 1937, la de 300 presos del mismo bando en el fuerte de Carchuna (Granada), liberados en una acción de comandos el 19 de mayo de 1938, y, por encima de todas, la «gran evasión», también de republicanos, del fuerte de San Cristóbal, en una colina sobre Pamplona, pocos días después, cuando los artífices de la fuga dejaron abiertas las puertas del penal para todo aquel que se viera con fuerzas para tratar de llegar desde allí a Francia. Poquísimos lo lograrían.



Qué, cuándo, dónde

Uno de los centros más destacados de la represión franquista durante la Guerra Civil fue la fortaleza pamplonica de San Cristóbal, una construcción de finales del siglo XIX y comienzos del XX, en principio destinada a usos militares y que oficialmente se denominó Fuerte de Alfonso XII. El nombre del santo deriva de la existencia, en tiempos medievales, de una ermita a él dedicada. Se ubica a 10 km al norte de Pamplona, sobre el monte Ezkaba, de ahí que también fuera conocido como prisión de Ezkaba. Entre 1934 y 1945 sirvió como tal, con un paréntesis derivado de la amnistía gubernamental promulgada tras las elecciones de febrero de 1936, y que dejó la cárcel vacía unos pocos meses.

El penal de San Cristóbal reabrió, para albergar a presos comunes, en junio de 1936, pocas semanas antes del inicio de la guerra. Pero, con el estallido de esta, los rebeldes pasaron de inmediato a encerrar y ejecutar allí a opositores. Al parecer, uno de los primeros fusilados en el fuerte fue el general Miguel Núñez de Prado, director general de Aeronáutica. Enviado por el gobierno a Zaragoza para convencer al general Cabanellas de que abandonara su actitud rebelde, nada más aterrizar en el aeródromo, Núñez de Prado fue detenido, probablemente enviado a Pamplona y fusilado sin juicio entre el 22 y el 24 de julio (aunque no exista documentación sobre tal ejecución). El 22 de junio de 1936 tomó posesión de la dirección de la prisión Alfonso Rojas y Rueda, funcionario que acababa de cesar como director de la cárcel Modelo de Barcelona y que continuó en su puesto tras la sublevación militar. El penal en seguida comenzó a recibir numerosos reclusos, como el centenar de vallisoletanos que, al intentar oponerse a la insurrección en su ciudad, acabaron encarcelados.

Llegados a 1938, el penal acogía a casi 2 500 presos, en su mayoría trabajadores manuales, tanto campesinos como obreros, afiliados o simpatizantes de partidos y sindicatos izquierdistas. Las condiciones de vida eran lamentables, y se producían constantes malos tratos, penurias, brotes de tuberculosis e incluso muertes violentas, provocadas por los propios guardas de la prisión, que hasta abril de 1938 eran requetés o falangistas. Para colmo, en la investigación posterior a la fuga que en breve trataremos, se descubrió que el subdirector y administrador del penal, Manuel Muñoz, ya había sido apartado de su puesto en diciembre de 1937 y encarcelado por malversación de fondos destinados a medicinas y manutención (fondos que, como después se supo, se repartía con el director).

En mayo de 1938, los nuevos carceleros pasaron a ser unos noventa soldados de reemplazo del regimiento Sicilia n.º 8, mandados por el alférez Manuel Cabezas. A ellos debemos sumar algunos funcionarios de prisiones encargados del abastecimiento. Fue precisamente en ese momento cuando se produjo la gran fuga por la que el fuerte de San Cristóbal se haría históricamente famoso. Una acción, empero, que no era la primera vez que tenía lugar, pues pocos días después de comenzar la guerra ya hubo intentos de fuga individuales o en pequeños grupos, algunos de los cuales acabaron con la muerte de sus protagonistas.



Momento del consejo de guerra contra 77 riosecanos que se opusieron a la sublevación militar en Valladolid y acabaron en el penal de San Cristóbal. De los 2 487 reclusos contabilizados cuando se produjo la evasión, 335 eran vallisoletanos. En la página anterior, vista general del fuerte. El rectángulo de la derecha corresponde al lugar donde fueron enterrados 131 presos.

1878-1919



Construcción del fuerte.

Noviembre de 1934



El fuerte se convierte en penal.

Febrero-junio de 1936



San Cristóbal deja temporalmente de ser penal.

22/05/38



Fuga del penal de alrededor de 800 presos.

A la hora de la cena

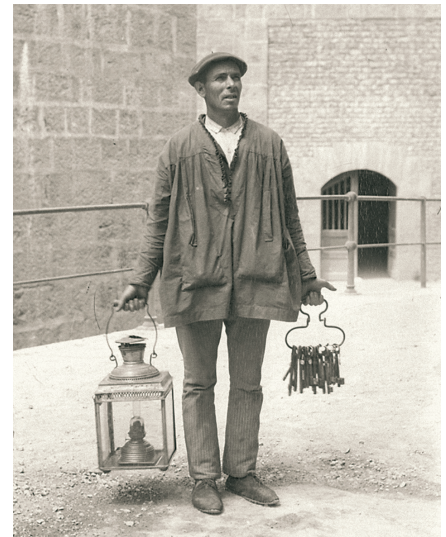
Fue el domingo 22 de mayo, a la hora de repartir la cena, cuando tuvo lugar el amotinamiento y fuga de numerosos presos, aunque el plan estuviera urdido por no más de una veintena. Ese era un momento del día en que tanto el director Rojas como el alférez Cabezas se encontraban en Pamplona. Aprovechando la escasez de tropa, dos presos detuvieron al encargado de distribuir el rancho, y junto con varios compañeros marcharon hacia la cocina, donde se apoderaron de algunos utensilios susceptibles de ser utilizados como armas. Uno de los centinelas se percató de sus movimientos y tuvieron que matarlo de un golpe. De inmediato, decenas de presos recién liberados de sus pabellones se distribuyeron por el penal, consiguieron retener a la tropa que estaba cenando en su comedor y se apoderaron de diversas armas de fuego. La situación, prolongada casi una hora, culminó con el apresamiento del propio alférez, que acababa de regresar de Pamplona y quedó detenido en la misma puerta de la prisión.

Sin embargo, algunos centinelas que habían logrado huir, más un corneta que al regresar de un permiso se percató a tiempo de lo que estaba ocurriendo en el interior, avisaron desde el vecino pueblo de Aizoáin a las autoridades pamplonesas. Numerosos soldados se presentaron en el lugar... momentos después de que se produjera la fuga masiva de los más atrevidos o temerarios. Hacia las 3.30 de la madrugada, cuando se pasó lista de los encarcelados, se constató la ausencia de 795, lo que llevó a organizar de inmediato su persecución. La mayoría de los presos no conocía el plan de los organizadores, y al parecer, muchos no quisieron huir pensando que se trataba de una trampa para aplicarles la ley de fugas.

La mayoría de los huidos buscó la salvación de forma dispersa, en pequeños grupos, marchando en dirección a Francia a través de los montes. La frontera quedaba a unos 60 km. Pero en los días sucesivos fueron cazados, capturados o asesinados por tropas regulares, milicias falangistas y requetés, carabineros de Navarra y guardias civiles, y solo tres lograrían su propósito (aunque en algunas fuentes se habla de un cuarto, de nombre desconocido). Sus nombres, Jovino Fernández González, Valentín Lorenzo Bajo y José Marinero Sanz. 206 murieron en el momento de ser descubiertos, seguramente asesinados sin oponer resistencia (entre ellos, Leopoldo Pico, considerado el planificador de la fuga), y 585 fueron apresados de nuevo y devueltos a San Cristóbal. En realidad, muy pocos lograron alejarse de sus perseguidores, como muestra el hecho de que el día 24, solo dos días después de la huida, ya hubieran caído 445.

En su captura participaron en torno a dos mil efectivos, dirigidos por el gobernador militar de Navarra, el coronel Carmelo García Conde. Los requetés y los falangistas, por regla general, acabaron asesinando *in situ* a los prisioneros. Las autoridades argumentarían tanta mortandad en la resistencia de los fugados a ser capturados de nuevo, que emplearon supuestamente incluso las armas de fuego arrebatadas a sus guardianes.

En espera del consejo de guerra por negligencia, el alférez Manuel Cabezas pasó veinte meses en prisión, hasta su salida en febrero de 1940. Al final, el consejo, celebrado en enero de 1945, acabó absolviéndolo. En cuanto al director Rojas, fue de inmediato destituido de su puesto, aunque, pasado el tiempo, en 1946, sería nombrado jefe superior del cuerpo de prisiones. Los capturados fueron juzgados en consejo de guerra. El 8 de agosto de 1938, catorce de ellos serían fusilados en la ciudadela de Pamplona.



El encargado de las llaves del fuerte, antes de utilizarse como penal en 1934. Abajo, escalera de acceso a los pabellones.



1945



El fuerte de San Cristóbal cierra como penal, aunque sigue perteneciendo al Ejército. (Abandono definitivo en 1987, con un retén hasta 1991).

Frente a frente

El fuerte de San Cristóbal se encuentra al noroeste de Pamplona, sobre la colina Ezkaba. La cercanía de Pamplona, sumada a las continuas desdichas en el penal que una huida con éxito prometía dejar atrás, hizo que un plan ideado por unos pocos se convirtiera en una fuga masiva de presos republicanos en cuanto las puertas del penal se abrieron. Pero los 60 km hasta Francia —que ahora los senderistas pueden recorrer en varias jornadas sin sobresaltos y disfrutando de los soberbios paisajes siguiendo el GR-225—, una vez desatada de inmediato una persecución implacable, se hicieron insalvables para casi todos los fugados.

**Fuerte de San Cristóbal y
Cementerio de las Botellas**
En una ladera, a 500 m del fuerte.
Inhumados 131 cadáveres de fugados.

Olabe
Ejecución de
16 fugados.

Berriosuso

monte
Ezkaba

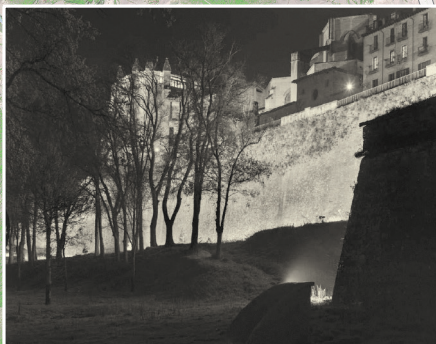
Berriozar
Ejecución de 5 fugados.

Aizoáin
Primer aviso de la
fuga a las autoridades.

Ciudadela

Pamplona

Fusilamiento de 14 presos fugados
y capturados, el 08/08/38.



Murallas de Pamplona.



Pirineo navarro.

Urepel

Punto de llegada de Jovino Fernández. Los otros dos fugados pararon por Sorogain y después cruzaron, más al este, por Luzaide/Valcarlos.

FRANCIA
ESPAÑA

Sorogain

Zilbeti

Eugi

Viscarret

valle de Esteribar

En sus cercanías, es posible que muriera Leopoldo Picó.

Usetxi

Saigots

Erro

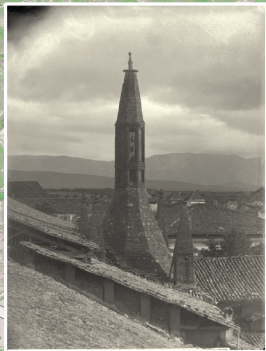
Zubiri

Ruta del GR-225

Seguida por los fugados.

Akerreta

valle de Erro



Vista desde lo alto de la catedral de Pamplona.



Presos:

En 1938 había, oficialmente, 2487.

Fugados: 795.

Libres: 3.

Muertos durante la fuga: 206.

Capturados: 585.

Captores:

Se movilizaron unos 2000 efectivos por toda Navarra.

Fogonazos

Uno de los personajes políticos más destacados que pasaron por San Cristóbal durante la Guerra Civil fue Federico Landrove Moíño. Ferrolano de humilde familia, fue un pedagogo que en 1911 obtendría la plaza de profesor de Aritmética y Geometría en la Escuela Normal de Valladolid. Afiliado al PSOE y con inquietudes políticas, fue concejal del ayuntamiento vallisoletano entre 1917 y 1920. En 1931, fue designado alcalde de la ciudad y en 1933 diputado a Cortes. Esa militancia le costaría muchas amarguras al comenzar la guerra. Tuvo que esconderse con su familia, pero fue detenido el 23 de julio de 1936, juzgado y condenado a 30 años de cárcel por auxilio a la rebelión. Su hijo Federico Landrove López, también diputado por el PSOE, correría aún peor suerte, pues acabó fusilado en agosto del 36. Trasladado al fuerte de San Cristóbal en mayo de 1937, Landrove Moíño acabó enfermando, por lo que decidieron trasladarlo en mayo del 38 al Hospital-Asilo Penitenciario de Segovia. Allí fallecería el 6 de junio.



A la dcha., los presos en formación, en el patio, vigilados por soldados con fusil, rodilla en tierra, sobre la cubierta de las brigadas. Abajo, presos en el penal, en fecha indeterminada.

A la izq., retrato de Federico Landrove Moíño que se encuentra en el Ayuntamiento de Valladolid.

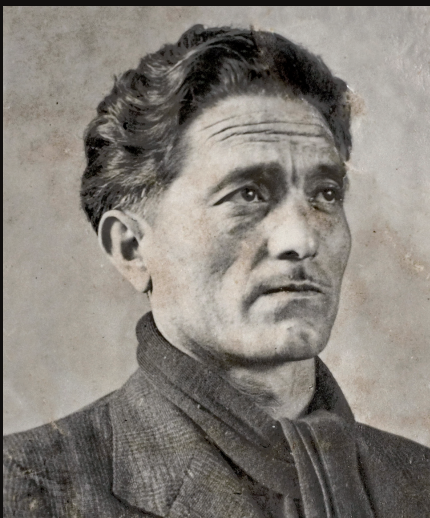


TESTIGO DIRECTO

LEOPOLDO PICO PÉREZ (1911-1938). Este comunista cántabro afincado en Bilbao antes de la guerra es considerado el organizador del plan de fuga masiva del penal de San Cristóbal. O, al menos, así lo determinaron desde el director del penal hasta diversos guardianes, al considerarlo un individuo peligroso y con gran predicamento entre los suyos, con los que al parecer utilizaba el esperanto para poder informar de sus planes. Trabajador en los astilleros Euskalduna, ya antes de la guerra había pasado por la cárcel bilbaína de Larrínaga debido a su activismo revolucionario y a su participación en la sublevación de octubre del 34, actividades que lo habían llevado a relacionarse asiduamente con Dolores Ibárruri. Capturado por los requetés cuando intentaba volar un puente, fue juzgado por un tribunal militar en Vitoria y encerrado en San Cristóbal. Allí sufrió numerosos castigos en celdas sin apenas iluminación, que le provocaron pérdida de visión. En el momento de la huida, fue uno de los encargados de reducir a los funcionarios que repartían la cena. Murió en un lugar desconocido, quizá próximo a la localidad de Esteribar. A su muerte, su mujer, Conchi Mazo Mendieta, y sus hijos acabarían exiliándose en Francia.

ÁNGEL ALCÁZAR DE VELASCO (1909-2001). En el momento de la gran fuga se encontraban presos en San Cristóbal, bajo un régimen menos severo que el de los restantes encarcelados, tres falangistas partidarios de Manuel Hedilla. Uno de ellos era Alcázar de Velasco, quien, lógicamente, no colaboró en el plan, sino más bien al contrario, puesto que aprovechó el desorden para abandonar el penal y correr con la intención de avisar a las autoridades. Licenciado en Filosofía y Letras en Salamanca y falangista de la vieja guardia, actuó a menudo como confidente de los militares y la policía ya antes de empezar la guerra. En abril de 1937 se encontraba en Salamanca y participó en los sucesos que provocaron la muerte de varios falangistas al negarse a aceptar el decreto de unificación de Franco, destinado a crear un único partido fiel a su persona. Juzgado y condenado a cadena perpetua, pasó por varios penales, y en mayo de 1938 se encontraba en San Cristóbal. Gracias a su actitud contraria a los fugados, vio reducida su pena a dos años. Durante la Segunda Guerra Mundial, colaboró con los servicios de espionaje alemanes, y llegó incluso a viajar a Alemania, de donde tuvo que huir en 1945. De nuevo en España, se dedicó principalmente al periodismo.

EDUARDO TRÍAS COMADIRA (1888-1977). Militar africanista que causó baja en el ejército a los tres meses de la proclamación de la República, el 18 de julio de 1936 Trías acudió al gobierno militar de Navarra y se puso a disposición del golpista Mola. Encargado de la organización de la milicia de Falange y ascendido a teniente coronel en enero de 1937, tras asumir el mando del batallón en enero de 1938, fue el primero en subir con tropa al fuerte de San Cristóbal en reacción a la revuelta. Instaló su base de operaciones en la venta de Ollacarizqueta al mando del batallón 331 de fronteras, de quien dependía la custodia del fuerte, y distribuyó sus cuatro compañías entre Berriozar, Aizoáin, Berriosuso, Belzunce, Usi, venta de Marcaláin, Nuin y Navaz. A ellas se les atribuye la captura de 134 evadidos y la muerte en refriega de otros 30. «El 14 de junio se dio por terminado dicho servicio siendo felicitado». Trías fue ascendido en enero de 1939.



Jovino Fernández en 1939.

JOVINO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ (1908-1995). Este albañil y minero de humilde origen, nacido en el pueblo leonés de Santa Marina del Sil, fue uno de los tres presos que logró llegar a Francia durante la gran fuga. Afiliado a la CNT, participó en sucesos revolucionarios como los de octubre de 1934. Durante la República, pasó por varias cárceles leonesas y por la Modelo de Oviedo, hasta que salió a la calle con la amnistía decretada tras las elecciones de febrero de 1936. Durante la guerra, combatió en Oviedo y el País Vasco, hasta ser apresado en la retirada a Santander. Juzgado en León en agosto de 1937, fue condenado a muerte, pero la pena le sería conmutada por la de 30 años de reclusión, lo que lo acabaría llevando al penal de San Cristóbal. Su encierro allí le dejó imborrables recuerdos de hacinamiento, malos tratos, frío, hambre y enfermedades. El plan de huida le cogió por sorpresa, pero decidió aprovechar la oportunidad, escapó y pasó trece días de angustia por los montes. Una vez en Francia, regresó por Cataluña, donde siguió peleando por su causa y alcanzó el grado de teniente. Exiliado de nuevo en Francia, residiría allí hasta su muerte.

Folio 321

ACTA DE DEFUNCION

Partido Judicial de PAMPLONA Registro Civil de ANOAIN

Número 222

En la Ciudad de Ansoain provincia de NAVARRA, a las once y minutos del día diez de Septiembre de mil novecientos treinta y ocho, ante D. Joaquín Lomas y D. Santiago Lomas López, Secretario de Justicia Municipal, se procede a inscribir la defunción de D. Leopoldo Pico Pérez, nacido en Navarra provincia de Santander, el día de de de nacimiento y de D. Espinosa, de San Sebastián, donado en el número de profesión y de estado casado.

Falleció en la ciudad de Esteribar el día diez de agosto de 1938 a las minutos, a consecuencia de haber caído de una altura según resulta de la expediente instruido y reconocimiento practicado, y su cadáver habrá de recibir sepultura en el cementerio de.

Esta inscripción se practica en virtud de auto dictado por el Jefe de la Sección de Inscripción e Inscripción de Puntos de Vista con fecha once de Agosto del año en curso consignándose además.

habiéndola presenciado como testigos D. y D. mayores de edad y vecinos de.

Leída esta acta se cula con el del Juzgado y la firman el Señor Juez, los testigos Canonge, el Secretario de Justicia Municipal, de que certifico.

Joaquín Lomas López

Santiago Lomas López

Acta de defunción oficial de Leopoldo Pico.

Evocaciones

«**C**amaradas, ya se abrieron las puertas, ya se terminó la esclavitud, ya se rompieron las fuertes cadenas que oprimían a la juventud». La fuga de Ezkaba bien merecía un himno, y este lo compuso Rogelio Diz Fuentes, uno de los 795 presos que en la tarde del 22 de mayo de 1938 se echó al monte, huyendo de la humillación y el hambre de su cautiverio.

Cenetista como Jovino Fernández González —este, uno de los tres reos que logró esquivar a sus perseguidores—, Diz Fuentes se exilió en México en 1940, tras serle conmutada la pena de cadena perpetua. Y de aquel himno al tema del grupo de rock duro Barricada, un homenaje más reciente a la

evasión, contenido en el álbum *La tierra está sorda* (2009): «En la cima del monte la puerta se cierra / como un ataúd gigante se traga bajo tierra / un montón de vidas que sus túneles alberga / y el alma segada busca su sitio en este infierno de piedra...».

Por sus proporciones y alcance, la fuga de Ezkaba fue aclamada por unos, silenciada por otros y confusamente interpretada por la mayoría, que quiso ver en ella borrosas intenciones más allá de la lucha de los presos por la libertad y la dignidad. En *The Times*, al igual que en otros periódicos internacionales, se apuntaba que, entre los huidos, había varios seguidores del falangista Manuel Hedilla, condenado a muerte unos meses atrás en consejo de guerra; esto es, que la mano de Falange, enfrentada a Franco, estaría tras el golpe.

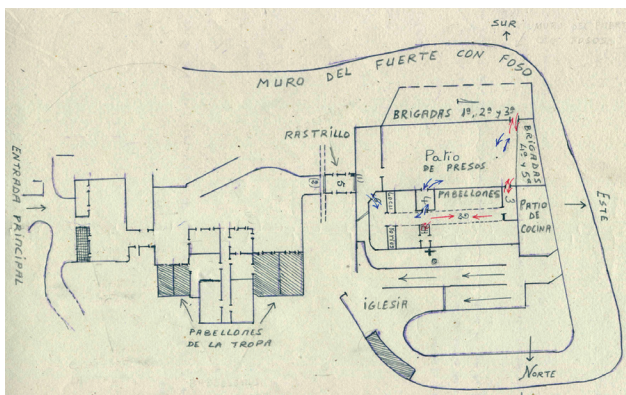
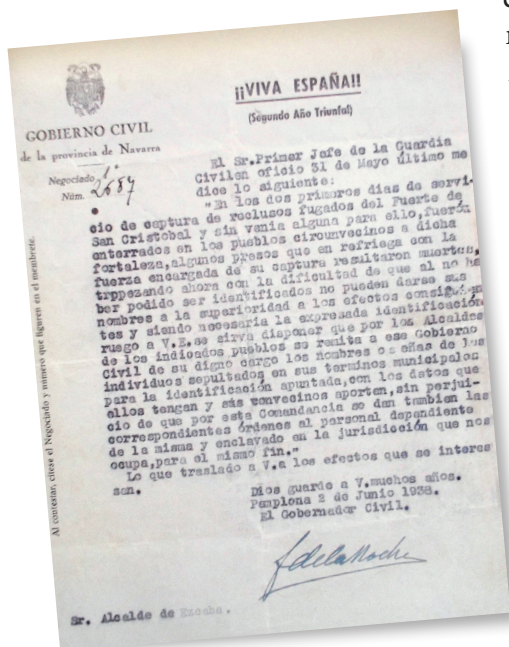
La solidaridad de las mujeres de la zona alivió un tanto el dolor de los condenados y, en el fuerte, hubo espacio también para el amor. Amaia Kowasch y Gotzon Bergerandi lo han estudiado en *Juan Mari Pallín, un testimonio inédito sobre la vida de la prisión en el Fuerte de San Cristóbal*, que recuerda la experiencia de este estudiante de medicina, acusado de adhesión a la rebelión, que se acabó casando con la chica que lo asistía en su confinamiento, la pamplonesa Blanki Menaya Erburu. La misma

Kowasch ha publicado otro ensayo, *Tejiendo redes*, que amplía la historia de esas «mujeres solidarias con los presos del Fuerte de San Cristóbal». Algunas, como Vicenta López, se desplazaron siguiendo a sus maridos, y otras, como Petra Irigoyen, formaron parte de esa red sin otro vínculo que el de la humanidad.

La vergüenza del fuerte revive no solo con los testimonios recuperados de los presos o las mujeres, sino con el grito callado de la tierra. En el Cementerio de las Botellas han aparecido los restos de decenas de presos, muertos por las brutales condiciones de su reclusión, la mayoría por tuberculosis. Entre las tibias de las osamentas, los técnicos han desenterrado recipientes de jarabes, botellas de leche, brandy o gaseosa, en las que los sepultureros registraron la identidad de los fallecidos.



A la izq., posada de Ollakarizketa, centro de la persecución de los fugados. A la dcha., venta de Añezkar, lugar —como el anterior, en las proximidades del monte Ezkaba— en el que se concentró a los capturados.

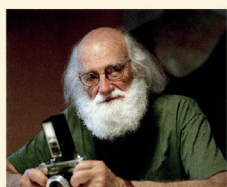


Sobre estas líneas, plano elaborado por el fiscal que juzgó a los organizadores de la fuga. Arriba, carta del gobernador civil de Pamplona, a los pocos días de la evasión, en la que transcribe acciones de la Guardia Civil en relación con la fuga.

OTRAS MIRADAS

El poder de sugestión de esta historia es infinito. En 2010, la escritora Carmen Domingo (Barcelona, 1970) se fijó en ella para su novela *La fuga*, que recrea la peripecia de los evadidos desde que Leopoldo Pico, su cerebro y «líder indiscutible de todos ellos», confía el plan a un grupo de veintitantos reos hasta el final de la aventura. Bien documentada, *La fuga* da voz a numerosos personajes reales, como el citado Rogelio Diz, Daniel Elorza, juzgado como organizador y fusilado, o Julián Ortega, otro de los conspiradores. La personalidad de Pico queda bien definida cuando, para convencer a Diz, le pregunta: «¿A qué llamas tú estar vivo? ¿A vivir sin ver la luz del sol? ¿A recibir como único alimento un caldo oscuro que sabe a orines?».

«No podíamos haber elegido mejor día para la fuga», se dijo Pico satisfecho sentado en una esquina del patio, mientras miraba al cielo y veía cómo se alejaban a buen ritmo unas nubes bajas y oscuras. Horas antes parecía que estaban amenazantes sobre el fuerte y ahora, en el firmamento muy lejano, ni siquiera estaban ya sobre el monte Ezkaba. Esta ayuda inesperada del viento auguraba un final de día frío, pero despejado. “La mitad de los militares están en Pamplona de descanso. Y la otra mitad aburridos en sus guardias o jugando a las cartas con los compañeros. Eso, junto a la lluvia de ayer, lejos de dificultarnos la huida nos la facilita, porque también a ellos se les complicará la reacción”, concluyó levantando un poco la voz».



Memorias de un piojo republicano del 36

(Cautivo en los penales franquistas de Burgos, Fuerte San Cristóbal, Isla de San Simón, Astorga y Cárcel Modelo de Barcelona)

ERNESTO CARRATALÁ

3ª edición



Carmen Domingo, *La fuga*

Divididas en tres partes —*El antes*, *Mis prisiones* y *El después*—, las *Memorias* de Ernesto Carratalá (1918-2015) detallan su paso por distintos penales: Burgos, el fuerte de San Cristóbal, la isla de San Simón, el cuartel de Santocildes y la Modelo de Barcelona. En el segundo de ellos, Carratalá asistió a la fuga de 1938 casi desde las bambalinas, puesto que volvió «al redil antes de ser capturado». De acuerdo con el autor, aproximadamente la mitad de los penados se echó al monte aquel día, pero en el recuento nocturno se registraron solo 795 faltas. El resto comprendió que no estaba preparado para «resistir aquella maratón» y volvió sobre sus pasos. Ernesto Carratalá, sobrino de Luis Cernuda, había luchado con Santiago Carrillo en el frente de Somosierra. Capturado, fue condenado a muerte e indultado gracias a la mediación del general Cabanellas, compañero de armas de su padre, el primer militar leal a la República que murió en Madrid tras el golpe.

«En vano busqué a mis compañeros durante unos minutos. Alguien me dijo haberlos visto salir de la brigada cuando los promotores y hacedores de la fuga fueron abriendo las puertas. Volví sobre mis pasos y como “Vicente va donde va la gente”, me uní a un grupo de conocidos que parecían estar más adoctrinados que otros. Atravesamos el patio, salimos al rastrillo ya hacía rato “milagrosamente” abierto, llegamos al patio de la tropa, desierto, y alcanzamos la entrada principal sin toparnos con soldado ninguno. A cierta distancia, descendiendo la ladera norte del monte, se veía el grueso de los primeros fugados [...]. Tratamos de acelerar el paso para unirnos a los presuntos guías en el camino a Francia, pero el suelo estaba embarrado por las continuas recientes lluvias y yo miserablemente calzado con unas alpargatas de esparto que me había regalado meses atrás un solidario comprador de “bocadillos”. Iba renqueando y tuve que detenerme un instante a apretarme las cuerdas. Pocos minutos después oímos tiros nuevamente. Echamos a correr [...]».

Ernesto Carratalá, *Memorias de un piojo republicano del 36*

Estos, los fallecidos, en la evasión que nos ocupa, fueron más de doscientos, cazados por un variopinto grupo tendente al gatillo fácil. El comunista Fernando Garrofé fue una de esas víctimas. Según la reconstrucción de los hechos, sus perseguidores siguieron sus huellas y, tras darle alcance, le preguntaron por el paradero de sus socios de fuga. Herido de bala, lo ejecutaron en el suelo. Mejor suerte tuvo Jacinto Ochoa, quien muchos años después seguía recordando los pormenores de aquella batida: «La caza al preso fue impresionante. Al último que detuvieron fue en agosto, cuando la fuga había sido en mayo. Le llamábamos Tarzán, porque estuvo todo ese tiempo en el monte de San Cristóbal, realizando incursiones por las huertas de los alrededores».

Memoria viva

El Sendero de Gran Recorrido GR-225 se divide en cuatro etapas, desde el fuerte de San Cristóbal a la localidad francesa de Urepel. La ruta sigue el itinerario aproximado que siguió Jovino Fernández, uno de los tres presos que consiguió la libertad tras recorrer más de cincuenta kilómetros en unas condiciones muy diferentes aquellas a las que se enfrentan hoy los senderistas.

La primera parada, cómo no, es el propio fuerte, que puede visitarse en grupos, previa petición a la Comandancia Militar de Navarra (tel.: 948206810 / COMILNA@mde.es). El estado de abandono del recinto, a pesar de su declaración como Bien de Interés Cultural, impone que las visitas seas guiadas. Los menores son sus destinatarios preferentes a través de las Escuelas con Memoria, un programa educativo del Gobierno de Navarra que les muestra varios lugares de Memoria Histórica de la Comunidad Foral, como el Parque de la Memoria de Sartaguda, en la Ribera, o esta cárcel. «No habían hecho nada, pero, no sé, los mataron por pensar diferente», apostillaba en 2018 una niña tras asistir a la exhumación de dos cuerpos de fugados del fuerte.

A escasos quinientos metros de este, los pasos nos llevan hasta el Cementerio de las Botellas, donde fueron inhumadas 131 personas. Y, al término de la primera etapa, a unos 14 km de distancia, hasta la fosa de Olabe, otro



Arriba, muro de la ciudadela de Pamplona donde fueron fusilados los 14 organizadores de la fuga. A la dcha, foto del verano de 2020 en Larrasoaña, que muestra a la anciana Paulina junto a los restos de cuatro fugados asesinados a los que vio enterrar de niña. Su testimonio fue clave para dar con el lugar exacto de la fosa.



Monumento en la cara sur del monte Ezkaba en homenaje a los fugados del fuerte, y exposición «Ezkaba 1938-2018», conmemorativa del 80.º aniversario de la fuga.

Lugar de Memoria Histórica, que recuerda a los 16 presos ejecutados e inhumados allí. Por último, el tramo final del GR-225 nos conduce a Urepel, el pueblo salvador que Jovino divisó desde el valle de Erro.

Además de este recorrido, varios municipios mantienen vivo el recuerdo del arrojado de aquellos hombres. Así, Berriozar restauró en 2018 un monolito erigido treinta años antes que conmemoraba el 50.º aniversario de la fuga, y, en la nueva rotonda del pueblo, el artista local Mikel Poza Undiano levantó otro monumento con cinco grandes piedras del monte Ezkaba que representan a los cinco fugados que fueron asesinados en Berriozar.

PAMPLONA

• Gran parte de lo que sabemos sobre la fuga de Ezkaba se lo debemos a Txinparta, colectivo que vela por la memoria de los represaliados en el fuerte de San Cristóbal, o a la excelente labor de divulgación llevada a cabo por Félix Sierra e Iñaki Alforja, autores de *La fuga de San Cristóbal 1938*, o por Fermín Ezkieta, que mantiene la página www.losfugadosdeezkaba1938.com. Bien poco tienen que ver estos trabajos con *La gran fuga*, finalista del premio Espejo de España en 1977, de Ángel Alcázar de Velasco, uno de los tres falangistas presos en el penal por el «caso Hedilla»... que no dudó en colaborar con las autoridades para desbaratar la evasión.

• *La noche de doce años*, película en la que Antonio de la Torre se metió en la piel del expresidente uruguayo Pepe Mujica, se rodó en parte en el fuerte de San Cristóbal. Basada en el libro *Memorias del calabozo*, la cinta recrea los doce años de confinamiento de Mujica junto a otros intelectuales y políticos de su país. «En Pamplona —explicó el director de la película, Álvaro Brechner— rodamos en el Fuerte de San Cristóbal, que ofició de prisión entre 1934 y 1945, recordada por la fuga de 1938, con infame desenlace».

Bibliografía básica

Alforja, Iñaki; Sierra, Félix: *Fuerte de San Cristóbal, 1938: la gran fuga de las cárceles franquistas*. Pamiela, Pamplona, 2006, 2.ª ed.
Ezkieta, Fermín: *Los fugados del Fuerte de Ezkaba*. Pamiela, 2013, 2018, 3.ª ed.